

OPINIÓN

Clima, economía y gobernanza: La nueva ecuación de la política global

Carlos Saul, gerente General de AyT

El año 2026 debería marcar un punto de inflexión para la política climática global. Durante décadas, el debate estuvo dominado por compromisos, metas y declaraciones de intención; hoy, sin embargo, la urgencia de los eventos extremos, la presión regulatoria y la evidencia científica han desplazado la conversación hacia un terreno mucho más concreto, la acción coordinada. La discusión ya no es si se debe actuar, sino cómo hacerlo de forma eficaz, medible y sostenida en el tiempo.

Desde la firma del Acuerdo de París, el objetivo de alcanzar la neutralidad de emisiones (cero neto) al 2050 se convirtió en un marco de referencia para gobiernos, empresas y organismos multilaterales. No obstante, la brecha entre las metas comprometidas y las acciones reales sigue siendo uno de los mayores desafíos. En 2026, esa brecha se vuelve especialmente visible con países que avanzan en sus estrategias de descarbonización, pero enfrentan simultáneamente crisis energéticas, presiones económicas y fenómenos climáticos cada vez más intensos.

En este contexto, la política climática se consolida como un eje prioritario de la agenda global, pero con una evolución clave, el foco ya no está únicamente en la mitigación del calentamiento global, sino en la adaptación frente a impactos que ya están ocurriendo. Sequías prolongadas, eventos meteorológicos extremos y cambios en los ecosistemas están obligando a los Estados a replantear sus políticas públicas con una mirada integral, donde la resiliencia e infraestructura climática pasan a ser tan relevantes como la reducción de emisiones.

Uno de los grandes debates internacionales se concentra hoy en la movilización de financiamiento climático. La transición energética, la infraestructura resiliente y la innovación tecnológica requieren inversiones de gran escala que ningún actor puede abordar por sí solo. Por ello, el desafío no es únicamente movilizar recursos, sino direccionarlos estratégicamente hacia soluciones que permitan acelerar la transición sin comprometer la estabilidad económica ni la seguridad energética de los países.

En paralelo, el despliegue de tecnologías limpias emerge como un pilar central para avanzar desde el compromiso hacia la ejecución. Energías renovables, eficiencia energética y soluciones basadas en datos están redefiniendo la forma en que se diseñan las políticas climáticas. Sin embargo, la tecnología por sí sola no es suficiente si no existe un marco de gobernanza que garantice su implementación efectiva y equitativa.

Otro elemento que adquiere relevancia es la necesidad de información ambiental confiable y monitoreo permanente. La toma de decisiones basada en evidencia se transforma en una condición indispensable para diseñar políticas eficaces, evaluar avances reales y ajustar estrategias frente a escenarios cambiantes. En un entorno donde los riesgos climáticos impactan directamente en sectores productivos, cadenas de suministro, planificación territorial y salud de las personas, la calidad de los datos deja de ser un aspecto técnico y pasa a ser un componente estratégico.